JORGE LENCERO

Marmurán
GALERÍA DE ARTE

Portada:
“Rocinante” – 55x25x15
Bronce – Pieza única

CATÁLOGO:
Edición, maquetación y diseño:
Galería de arte Marmurán

L E N C E R O

EL HOMBRE QUE ESCULPE CON EL VIENTO

y con el tiempo, y con Dios, y con los dioses y sus grifos y pigargos; y con agua y tierra, y con aceite y vino, y con cera del color de las guindas, y con esa materia que es más duradera que el bronce: la poesía, para Horacio. Esculpir es descubrir el corazón de la materia, su latido; desnudar, excluir lo accesorio, acariciar el alma que se funde en lo inerte.

Quién esculpe con el aire esculpe con el alma y con el vuelo espiritual que Juan de Yepes encarna, aquel que fue y es San Juan de la Cruz. El viento es esa sabia savia etérea que da apariencias y las quita para crear otras sensaciones. Es quien impulsa el vuelo que acomete el aura antes de posarse.

En el origen de Lencero está Grecia -más que Fidias o Praxiteles o Ecopas o Lisipo-, el orgiástico mundo mitológico de caballos alados que la Aurora guía entre los cabellos brillantes de las Horas para anunciar el reino de Helios. O de Amaltea, la nodriza de Zeus, que se anuncia por una cabra. En el principio de Lencero está la búsqueda del ruiseñor, emboscado en la penumbra de la noche diáfana, que adereza el misterio con el violín de su salmo.

Quién esculpe con el viento tiene alma de cometa, que se eleva y desciende, que planea y sube para dominar el mundo a vista de águila leonada o de estrella blanca desbocada en el inicio de la eternidad. Quien hace formas con el aire corre la suerte de Tiresias, enceguecido por ver desnuda en el baño a Atenea; en compensación la diosa le perfumó los oídos para que entendiera el canto de los pájaros, las músicas del agua que se desliza y de las aves que se posan

.

Y Lencero distingue el canto del mirlo y el del cisne. Quien esculpe el canto de las aves, reales o apócrifas, breves o desmesuradas, naturales o facticias, esculpe viento y fuego y armonía y plegaria. Como Lencero, cuando juega con las formas y las inventa y las destroza y las sublima y las hechiza y las anima hasta emocionarnos con sus hallazgos psoteriológicos

En la génesis de Lencero está la imbricación de dioses y de bestias, de humanos y zoomorfos, de criaturas ideales e ideas para nuevos seres. Y la Italia de las tres “M”- Marini, Martini, Manzú-. Y Picasso. Y Francis Bacon. Y en el origen de Bacon está Esquilo y sus imágenes. Bacon estaba obsesionado con un verso de Esquilo: *“El olor a sangre humana no se me quita de los ojos”.* Y tampoco a Lencero, esculpa un fraile, un centauro, un santo, un bigardo, a Eos o Agamenon.

.

El viento es indomable, y Lencero. El viento sopla estructuras y las puebla o las adelgaza, inventa volúmenes y los deforma para ahormar sus sueños. Lencero no es realista aunque funda una figura humana. Es agua, que cuando mansea nos regala espejos, música cuando fluye y cuando se enfurece, zozobra. El expresionismo de Lencero es un océano, va desde las venus esteatopigias a los esquemas giacomettianos.

Sólo un buen dibujante puede ensayar con la estirpe desbordada de las formas, vengarse de leyes severas, reírse de reglas impuestas, desvelar nuevos mundos en el mundo, perspectivas escondidas a la perspectiva. Quien sabe dibujar, quien conoce el destino de la línea, jamás se asusta de la eternidad, ni de la proporción, ni de la sorpresa.

Para W.H.Auden *"el arte surge, por una parte, de nuestros deseos de belleza y de verdad, y, por otra, de nuestro conocimiento de que ambas cosas no son iguales".* Y la escultura emerge de la necesidad de la materia que tiene vocación de concreción y de formas que vuelen y dominen el espacio, orientando uno nuevo. Y de hambre de volumen, como esas mujeres protuberantes de vientres redondos llenos de murmullos siderales. Y de que un objeto salte de su materialidad y se independice para ser sueño, verso, labio, beso, canto, fruto.

De la orgía de los mitos, compartiendo territorio con Estruga - otro estratega de la simbiosis entre dioses y entre hombres-, Lencero pasó al simbolismo, y se recreó; y de ahí brincó a una ensoñación ahíta de particularidad que organiza un mundo caótico y hermoso; un orbe de diosas y gorgonas, sirenas y amazonas, équidos instruidos de vacío y huecos sólidos, de toros-cerda, perros bicéfalos; de seres oníricos, azarosos, pendientes de un destino arbitrario y deslumbrante.

¿Tenían alguna enfermedad El Bosco o El Greco? Los ángeles terribles grequianos son los ángeles transmutables de Rilke. Igual que las figuras de Lencero, ajenas a todo para ser sólo suyas, estrellas que ríen lluvia o lloran oro, como astros que alucinan, versos de un poema pagano muy espiritual, frío y ardiente, esperpéntico y bello. Porque como matiza Edgar Allan Poe: *"la belleza es el único estado legítimo del poema".* Y del arte y de la escultura, una vez se le exime lo superfluo.

Hoy, como escultura se admite cualquier cosa, eso sí expandida, para que la frase quede redonda. El asunto ha llegado a un extremo que lo complicado es decir qué no es escultura.

Un montoncito de papeles arrugados es escultura, una tela doblada sobre un cartón es escultura, un manojo de cables vistos es escultura; un video, no el objeto, sino el audiovisual, es escultura; una lata llena de grasa es escultura o un jardín artificial.

Sin embargo cuando nos topamos con obras de Jorge Lencero, asohora, asimilamos que estamos en un territorio distinto, único, genuino, originario. Ya no nos importan las referencias, porque él dicta las normas y las maneras de desobedecerlas para abrir los ojos a otras emociones, a manantiales que pueden calmar la sed o embarnecerla.

Esculpir con el viento no es hacerlo de forma alocada, sin procedencia y sin consecuencia. No es Lencero el actor voluble, que gire de la parte que el aire quiera. Embrida el viento y lo conduce por el camino ideal de su realidad. Construye con los criterios que subliman al hombre, en terracota, en chapa, en madera. Con la tradición cabalgando la anticipación, con el ayer puesto en las manos del bronce para mañana.

Tradición no es esa liorna aburrida y antigua de estatuas decimonónicas y mortecinas. La tradición es la cadena que vivifica la cultura del hombre. Y uno de esos eslabones es Lencero; otro, tú lector, tú admirador del arte, porque das vida a lo que se crea y haces posible que la cadena no se interrumpa. Tú también eres un eslabón, imprescindible. Y tú que encomiendas obras que perdurarán y llegarán a ser alma del paisaje de un rincón, de un pueblo, de Totanés.

Lencero: arbitrario, sereno, salvaje, incontrolable, desganado, apasionado, elegante, huidizo, pareciera que está fuera de..., porque está dentro de su orbe, en ese caos donde une lo violento y la ternura, el orden y la anarquía, la decepción y el fuego, lo monumental y lo insignificante, la serpiente y la golondrina, que trisa quedo.

Enigmática y mágica como un partenón, su obra se abstrae para decir lo que quiere. Tradicional, surrealista, nefelibata, perdurable, lúdico, asceta, anárquico, silente, esteta, expresionista, su vida es un reguero de obras, que se pierden, en la absurda infelicidad de quien tiene la dicha de crearlas. Una crítica, harto selectiva y profunda, pulcra, fecunda, que enriquece la Humanidad.

Tomás Paredes
Presidente de Honor de AICA Spain

SUEÑO DE LA LIBERTAD

(El arte frente al destino: una introducción a la estética de Jorge Lencero)

Recuerdo siempre con agrado la sorpresa que me produjeron las primeras obras −terracotas y bronces− que vi de Lencero, en la casa del pintor Romeral, en Getafe. Esa impresión se ha repetido luego muchas veces. Su origen arranca de un doble flujo emotivo: inquietud y ternura, que generan un estado de gracia que se traduce en una casi inmediata simpatía. El triple acoso del contemplador (mirada, reflexión y fruición) encuentra en las figuras de Lencero esa especial resistencia −propia del arte− que, sin huir de la obra, parece esconderse en ella. Entidad misteriosa que nos seduce y que nos reta. Y que escapa también, seguramente, al control del artista. Es, en definitiva, lo que logra que el arte, de verdad, lo sea: algo que nos trasciende y nos conturba, imponiéndonos una expectación aventurada.

Lencero tiene el instinto del arte; por eso, nunca es torpe. Otros han tenido que aprender lo que él ha sabido siempre. En la difícil convivencia entre el arte y la vida, Lencero no es imparcial; ni, seguramente, justo. Me recuerda −salvando tiempos y circunstancias− a Fernando Pessoa. El artista es, para Pessoa, el ser que ha sido despertado del sueño, que ha regresado al conocimiento −y no necesariamente a la experiencia− de la libertad; su nostalgia incurable (a pesar del destino y frente a él) se convierte en origen y garantía de toda su creación. Ante el conflicto irresoluble entre destino y libertad, el poeta proclama su agnóstico lamento: "Me liberaste, pero el destino humano es ser esclavo./ Me despertaste, pero el sentido de ser humano es dormir.“

En Lencero es axioma la voluntad del artista para llevar la libertad (una libertad salvaje) a todo lo que crea, individualizando sus figuras concretas, sacándolas de la servidumbre anónima del género: una escultura de mujer es, en Lencero, siempre, de *esta* mujer; un caballo es *este* caballo y un toro es *este* toro. La unidad que interesa al escultor −y que él impone− es la del individuo, no la del grupo ni la especie. La abstracción, muy fecunda en este artista sustancialmente figurativo, no le sirve para generalizar sino para caracterizar individualidades. A las que deja ir, amoroso y magnánimo, para que vivan y se enfrenten a la "furia fría del destino".

La escultura, se ha dicho a veces, es el arte del volumen. Pero lo mismo podría decirse de la arquitectura. En realidad, y aunque se aventure la misma ambigüedad en los conceptos, se afina mucho si se afirma que la escultura es el arte de las superficies: definir y dar sentido a los volúmenes usando superficies adecuadas, eso es la escultura. Ello no implica prioridad en la idea: el volumen puede ser concebido antes o después que las superficies que lo expresan. Pero, en cualquier caso, el escultor debe controlar también el conjunto de líneas que resulta de las intersecciones superficiales; es ese repertorio lineal el que comunica agitación y movimiento y, en definitiva, carácter trágico al volumen. La preponderancia de las superficies, como tales, evitando o banalizando las líneas, induce a veces lirismo en la escultura, pero, en otras ocasiones, monotonía.

Estas consideraciones sirven para cualquier estilo o clase de escultura, pero plantean el problema, interesantísimo, de la mayor o menor evidencia y protagonismo de las superficies escultóricas. En la obra de Jorge Lencero, la función de las superficies como definidoras y caracterizadoras del volumen −en rigor, generadoras de él− está muy acentuada, aunque no llegue nunca a ser esencial. Lencero intuye el bulto y el gesto en un proceso casi simultáneo; más tarde, modela y deforma: detalla. Es, como vemos, la actitud clásica −problablemente, natural− de un escultor. Pero las formas alcanzan en sus obras un protagonismo que casi las independiza del bulto; el artista las dota de unas calidades superficiales tan evidentes y vigorosas que, en una contemplación auténticamente fruitiva, podemos distinguir las superficies escultóricas del volumen al que sirven.

En la escultura se trata, en definitiva, de crear formas: informar y conformar. Y, cuando es necesario o conveniente, deformar, una parte o el todo de la pieza. Lencero es un intuitivo formidable, con enorme potencia conceptual. En último extremo, es la fantasía del artista lo que le hace capaz, a partir de una realidad que conoce, de imaginar y ofrecer una realidad nueva. Todo el rico mundo interior de Jorge Lencero aflora con delicadeza en estas obras sorprendentes y emocionantes. Que pueden, en principio, clasificarse en dos grandes secciones: una, de naturalismo brillante, casi virtuoso, como muestran algunos relieves animalistas de impecable ejecución; otra, de un expresionismo valiente y certero, que conjuga el atrevimiento conceptual, muy arriesgado, con una sobriedad técnica rigurosa. En ambas clases, sobre la rotundidad y plenitud del bulto, cuidadosamente alcanzada, parece derramarse la caricia del escultor, cariñosa y elegantísima, plena de pureza y candor. Lencero prueba con su obra cómo en el seno de una cultura destemplada −como está siendo la cultura actual, por mucho que se la celebre− pueden seguir alzándose artistas independientes, responsables y originales. Una conmovedora lección.

Podría decirse simplemente que Lencero deforma sus figuras y encuentra en ello instrumentos expresivos sencillos. Pero, seguramente, lo que en verdad hace el artista es manifestar con naturalidad un código de proporciones diferente, dar salida a un naturalismo interior que supone una naturaleza alterada por la sensibilidad del escultor, que busca y halla en ella su armonía. Lo deforme es aquí rigurosamente formal. Pienso, por ejemplo, en la impresionante *Venus de Madrid*, una pequeña terracota patinada de ocre, negro y verde. Esa figura es, sobre todo, forma. Luego, color. Es una forma de mujer; pero, ¿podría existir una mujer bajo esa forma? No, desde luego. Lencero se ha salido del molde conceptual y subjetivo. Ha objetivado un misterio. Pero, esa forma, esa forma... es sustancialmente *de mujer*; una forma de mujer que las mujeres no tienen. Sus deformaciones anatómicas (algunas, de un realismo primitivo) imponen al contemplador la ausencia de procacidad, el severo respeto que inspira un animal que sufre. ¿Animal solamente? Todo invita al silencio alrededor de esta mujer que calla. Es la forma −deforme y conmovida− la única voz. La posición y el gesto hablan a quien la mira.

El expresionismo de Lencero, a veces muy atrevido, jamás resulta extravagante. Porque conserva la ternura y el candor −la radical ingenuidad− de toda su escultura. Deformaciones que, en otras circunstancias, podrían parecer brutales, son aquí temblorosas, emocionadas, necesarias. Evidencian el acomodo de su expresividad a una lógica interna complicada pero implacable. Esa es la causa de que nuestro escultor se aventure en un expresionismo dramático sin perder nunca el control, la seguridad y el gozo de su creación. Lencero arriesga y exige, provoca el temblor y la emoción en sus figuras; pero no titubea, no se contradice, no vacila; sabe templar las formas para que sigan siendo fieles al volumen que las justifica.

Jesús Cobo
Poeta y Critico de Arte

Dulcinea I
Terracota policromada
20x13x11 – Pieza única

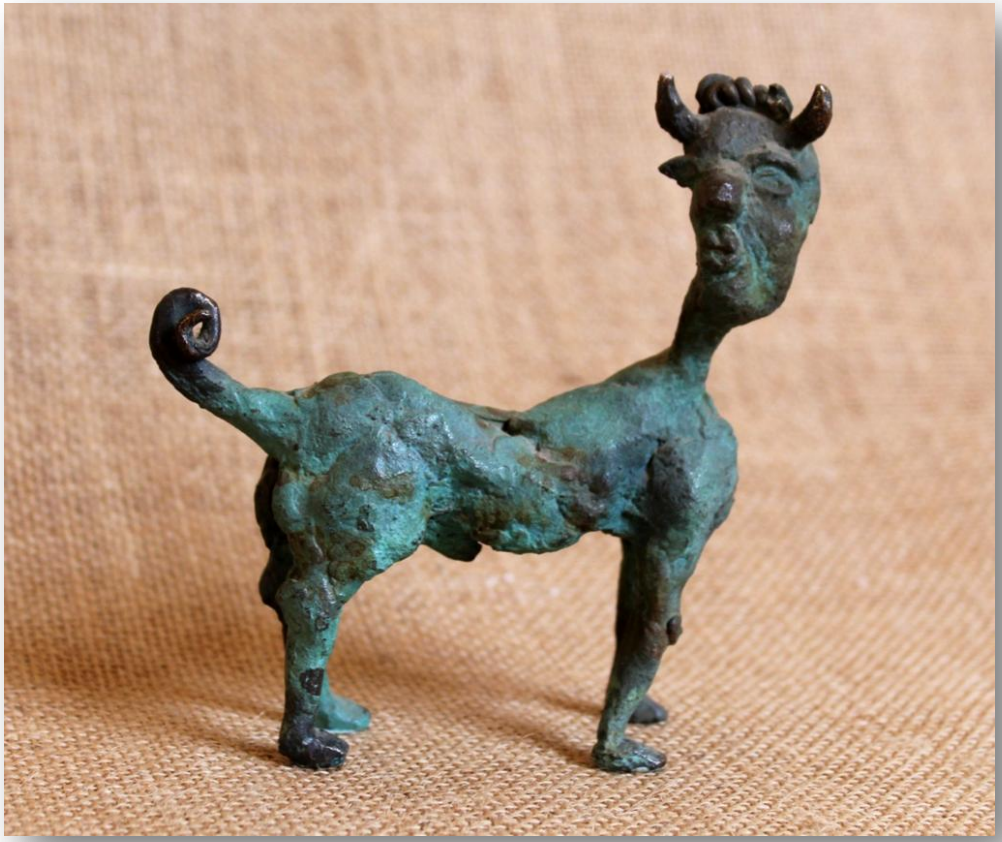
Cabeza Picassiana III
Terracota
12 x11 x11 Pieza única

Cabeza Picassiana IV
Terracota
14 x 13 x9 Pieza única

Dama
Mixta /papel – 12x11

Cabeza II
Terracota
12 x 10 x 8 Pieza única

Mujer en la calle
Dibujo coloreado
42x30



Animal misterioso
Bronce – Pieza única
10x11x4

Fauno
Bronce – pieza única
65x45x25

Personaje
Dibujo coloreado
21x15

El profeta
Bronce – Pieza única
75x36x23

La yegua y la paloma
Bronce – 45x27x15

La barrendera
Bronce – 7x8x20

Escena bucólica
Técnica mixta – 20x12

La fuente de la alegría
Bronce – Pieza única
65x40x21

Flamencas bailando
Bronce – 15x13x6
Pieza única

Este catálogo se terminó
de imprimir el día 15
agosto de 2020, en
Alcázar de San Juan,
Ciudad Real.

Marmurán
GALERÍA DE ARTE

www.galeriamarmuran.com
C/Castellanos nº 37
13600 - Alcázar de San Juan (Ciudad Real)
926 54 06 00 / 653 04 60 89

RECORD
CAFÉS Y QUESOS DESDE 1915
GREGORIO DÍAZ-MIGUEL S.A.

LATÚE
BODEGAS

el semanal
de la mancha